

LIBROS

**Las Edades/The Ages, por Ricardo Feierstein.
Buenos Aires, Milá, 2005, 237 págs.**

Esta antología temática en edición bilingüe plantea una doble propuesta: disfrutar el arte de la poesía y, a la vez, descubrir el arte de la traducción. Ricardo Feierstein es el poeta, que crece, experimenta y envejece a lo largo de estos versos. J. Kates y Stephen A. Sadow son los traductores que logran mantener intacta la esencia de las palabras en cada una de las composiciones especulares que reflejan su original.

El libro está organizado en cinco partes: Niñez/Barrio/Inocencia, Juventud/Datos personales/Oficios, Identidad/Judaísmo, Amor/Familia y Madurez/Preguntas Esenciales. Hay un evidente sello autobiográfico y una preocupación por el paso del tiempo que el autor deja ver en sus versos como una herida abierta que los años no hacen más que profundizar: «uno de pronto se da vuelta/y encuentra que la infancia se marchó/porque sí, simplemente ya no está/es un golpe de luz en las entrañas/un amargo sabor entre las venas/ un sacudir la puerta del olvido.»

El poeta conjuga armoniosamente *topoi* universales y ancestrales como *tempus fugit*, *memento mori* y *carpe diem* con cronotopos característicos del entorno porteño de su infancia que dejan ese sabor amargo de la melancolía tan propio del tango. En un mismo poema encontramos versos como: «el gusto del aceite de ricino/el tano de la vuelta, el almacén/la tijera voraz del peluquero [...] /la ronca melodía del tranvía, el cuchicheo que descubre el sexo/la barra de la esquina», y una reflexión final conmovedora: «uno de pronto se detiene/para entender esa inquieta búsqueda/y ve al tiempo de lágrimas fugarse/ un tobogán perdiéndose en las piedras/es que uno está hecho todo un hombre/ es que uno ha empezado ya a morirse.»

Por supuesto, no debemos olvidar el *carpe diem* que se manifiesta en cada contacto con un niño, propio o ajeno, en el que la vida se desenvuelve llena de

promesas: «cuando siento que algo no funciona [...] / hay que acercarse a un niño, a un pequeño [...] / la vida se endereza nuevamente.» Y, a medida que avanzan las ideas, la angustia del tiempo que huye de nosotros se transforma en puja, en esperanza, se nutre del amor y da batalla: «Dejemos ya de hilvanar teorías/gocemos el amor sin perder tiempo» hasta convertirse en un verdadero canto a la vida: «¿A quién le gusta irse?/La esperanza es un árbol al que/la resaca y el avance del lago/han descubierto sus raíces/ dejándolo en equilibrio inestable sobre la tierra/y ese tronco se aferra como puede/ con la alegría del que silba en el bosque/y los pájaros le contestan.»

Todos los lectores de *Las Edades* transitamos el camino que nos describe Ricardo Feierstein a través de palabras, imágenes, metáforas; y podemos reconocer en sus versos nuestras inquietudes, inseguridades y experiencias. La lectura de esta antología es un recorrido íntimo y entrañable que nos conecta con nuestras raíces, ramas y brotes y nos hace querer ser ese árbol que está aferrado a la tierra pero no deja de crecer y elevarse, a pesar de todos los avatares que se le presentan.

María Laura Pérez Gras

Barroso, un clásico del interior, por Jorge Hadandoniou, San Luis, Fondo Editorial Sanluisense, 2004, 81 págs.

Sin recurrir a muchos datos y anécdotas superficiales que suelen poblar los libros biográficos, Jorge Hadandoniou se ha propuesto presentar las fibras más profundas del doctor Barroso, docente y poeta o, para ajustarnos a la intencionalidad del autor, digamos mejor poeta y docente. Con agradable habilidad descriptiva, el libro comienza exhibiendo los avatares de la vida

académica de Barroso, circunstancias que desde las primeras páginas aparecen ilustradas con una concisa pero exacta visión realista de los distintos ámbitos donde el maestro desempeñaba sus actividades.

Pero, aun cuando le resultaba imprescindible mostrar al docente cabal, erudito y carismático, el propósito de Hadandoniou, como ya hemos sugerido, era más bien sacar a la luz al Barroso literato, fundamentalmente poeta, filósofo, defensor del hombre, de la vida y de su terruño, para lo cual despliega ante el lector un atractivo abanico lírico en el que abundan los ejemplos y donde se pueden apreciar los temas, la métrica y el nivel de lengua que caracterizan el estilo poético del vate. Cabe destacar un concienzudo trabajo teórico de parte del autor en el análisis de las poesías y la presentación de una sustanciosa bibliografía de apoyo.

La religión, el amor, la educación, la naturaleza, su San Luis natal y el héroe de la patria, San Martín, son los principales temas elegidos por el poeta. Del análisis de la obra del literato puntano surgen también los distintos matices ideológicos y morales que convergen para justificar la palabra «clásico» que el autor ha utilizado para adjetivar al maestro. Barroso es presentado como clásico en el sentido de que él exalta los valores humanos esenciales, asumiendo una actitud conservadora y predicando la vuelta a los sólidos cimientos éticos que están siendo dejados de lado en una sociedad de «renacimientos apresurados» (p. 70).

En suma, Hadandoniou ha logrado algo difícil teniendo en cuenta la brevedad del libro: sintetizar vida y obra de alguien humanamente grande, cuyas palabras han dejado huellas indelebles en las almas de quienes han visitado su poesía. La grandeza de todo clásico.

Alfredo Ezequiel Marangone

***El equipo de los sueños*, por Sergio S. Olguín. Buenos Aires, Norma, 2005**

Se sabe que el lector condiciona e impone. Su presencia puede ser negada pero nunca mantenida a soslayo. Hubo quienes pretendieron explicar todo hecho literario desde la perspectiva de los receptores. Los lectores son los elementales: son a la creación literaria lo que los elementos a la naturaleza.

En cierto sentido, el público joven ha condicionado la escritura de Olguín: *El equipo de los sueños* pertenece a una colección de literatura para jóvenes, de Norma. El protagonista tiene catorce años y el lenguaje, más bien intuitivamente, se llena de tics adolescentes: una abuela *retaba* al abuelo, un árbitro no para de *bombear* para el otro equipo, una chica *gustaba* de un amigo, más constantes referencias a jueguitos de Sega o Nintendo. Esto podría ser una

concesión, sí, pero en ningún momento su prosa se resiente.

Quede claro: Olguín es un muy buen narrador. Sus libros siempre son entretenidos y siempre suponen una historia lineal y una lectura lineal, de un solo movimiento, como si alguien nos estuviese contando ese cuento. Luego vienen otras lecturas más o menos transversales, pero después.

Entonces una de las características es un tono oral, como si la escritura buscara calzar más o menos en el registro hablado.

Villa Fiorito. Alguien guarda como un tesoro la primera pelota con la que jugara Diego Maradona de chico. Una pelota pequeña que se adaptaba a sus pies de tres años. Pasaron casi cuarenta años, los italianos quisieron comprarla, pero su dueño ha preferido seguir viviendo en la villa que desprenderse de ella. Alrededor de ese objeto minúsculo, que apenas si sale a escena en las últimas líneas, gira todo el libro. Cuando se roban la pelota, se impone la necesidad de rescatarla, internándose en la villa. Para eso será preciso una aventura que no tendrá un solo minuto de sosiego. Habrá mafias villeras, policías corruptos, asociaciones ilícitas, un amor, fútbol, enfrentamientos entre barritas, unas chicas que pretenden iniciar a los chicos. Y más.

Un hecho destacable. Hoy parece imposible que un libro no lleve un acápite. Eso implica tener que sobrellevar citas que en nada responden al texto que preceden. *El equipo de los sueños* tiene dos, uno de Ernesto Cardenal y otro que es uno de los mejores que he leído en mucho tiempo: «*La pelota no se mancha*. Diego Maradona». Todo el libro lo reclama. Está tan íntimamente consustanciado con el texto que el diálogo resulta perfecto. Más: si esas palabras no hubiesen estado, hubiera faltado algo.

El título alude al grupo que se forma para entrar a la villa y rescatar la pelota. Son casi como la comunidad del anillo, pero sin anillo. Como aquella, todos son como el coro que acompaña el crecimiento del héroe. ¿Qué otro nombre le cabe a quien rescata la primera pelota de Maradona de las sucias manos de policías y delincuentes? Esa es otra de las particularidades de los libros de Olguín, las lecturas transversales: *El equipo de los sueños* podría ser leído por estudiantes de letras para ir desentrañando las etapas del camino del héroe según lo fijó la crítica estructuralista. Ahí están el daño, la carencia, la decisión del héroe (*o tal vez porque se trataba de la pelota de Maradona. Y no podía dejar que su pelota estuviera en manos de delincuentes. Tal vez por todo esto, le dije: no te preocupes, ahora andá a ver a tu papá con Eli que de la pelota me ocupo yo*), la partida, el auxiliar, peligro, lucha, victoria y la eliminación del daño, y el regreso transformado.

A un libro se le exige que tenga estilo, por sobre todo, pero, aunque se pretenda negarlo, también se

pretende de él que sea entretenido. *El equipo de los sueños* cumple con ambas exigencias, y resulta un gesto saludable para descontracturar el panorama de las letras nacionales.

Javier R. Barquet

Selección natural, por Cecilia Szperling. Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2006.

En una entrevista Szperling reconoció que una suerte de selección natural fue lo que determinó, durante el proceso de escritura, la supervivencia o la extinción de sus personajes. Tras leer el libro resulta evidente que ella piensa en sus personajes. Desde la novela del siglo XIX a esta parte la literatura se ha ido desentendiendo de la construcción total de un personaje, más atenta de su evolución formal. Así pues, pocos personajes de la narrativa actual, y no tanto, han sabido lograr el alcance de, por caso, Anna Karenina o Raskólnikov. *Selección natural* intenta desandar ese camino y busca personajes que queden en la memoria y que sean algo más que vehículos de la acción. Queda claro, la novela es puesta a disposición de los personajes para que expresen la posibilidad de protagonizar su propia vida a su manera.

Ernestina (enterreriana y con tendencia al desdoblamiento de personalidad), Fedra (una ausencia omnipresente y determinante), Cosme Segundo (artista, ex novio de Fedra y actual pareja de Ernestina), Emma (hermana de Ernestina, modelo casada con empresario), Gabriel (psiquiatra solitario y atormentado que reparte recetas), Beppo (psicótico anestesista marginal y adicto) y Anita Kauffman (actriz, frágil figurilla etérea y poética) son los personajes. Siete locos instalados en el trance de adaptarse y sobrevivir a la noche que es la ciudad. Configuran, ellos, una suerte de pesimista mapa del darwinismo social, en el que todo vale para persistir. Heterogéneas, diez listas se intercalan entre los capítulos, y refuerzan *Eisemberg, el psiquiatra de Tupiza, será el encargado de sostener la máscara de plástico transparente en la nariz de Anita. Y Beppo Phillips, el anestesista, calibrará el tubo de oxígeno. Anita intentará sonreír bajo la máscara.* Son indicaciones de un director.

Así, la disposición estructural propia del cine se baja al nivel discursivo. Eso se suma a cierta expansión del paradigma de narratividad, quiero decir, las libres asociaciones, tal vez del surrealismo: *El búnker un hormiguero. Alucinó que su piel se volvía de celuloide negro. Entonces fue un feto envuelto en baba, tal vez residuos de escritura automática: por algún motivo el sol a punto de caer no caía. Estaba suspendido.* Todo se traduce en un lenguaje quebrado, mejor:

dislocado. Aunque no por eso menos exacto y riguroso. La precisión se conjuga en un estilo desapasionado, de simple registro naturalista, que, en su laconismo, confunde el sueño y la realidad y no distingue entre recuerdo e invento. Un estilo fuera del artificio, real.

Ya en su primer libro Cecilia Szperling se había ocupado del mundo del arte. Más precisamente, de ser artista. En «El futuro de los artistas», se narra la historia de una pintora, Ruth, que prefiere prostituirse antes que prostituir su arte: *quizá vuelva a pintar, declara, pero no soporto el negocio del arte.* La posición de *Selección natural* es igual de contundente. Cosme estudia en Bellas Artes y abandona, porque *la enseñanza allí era mediocre y anticuada, con profesores que no conocían ni la provocación ni la conmoción que el arte debía producir, y se refugia en un silo en el puerto con otros artistas.* Su posición es clara, como la de Ruth, dice *que quería vivir como en un sueño. Sin moral y con una lógica propia. Que no quería ser un artista, sino llevar una vida artística.* Ser poeta hasta en el sencillo acto de lavarse las manos. Extender el campo de lo artístico. *Esa misma noche colgaron un gato muerto en la entrada de la escuela. «Arte», escribieron abajo.*

En *Selección natural*, como en toda buena novela, una lógica propia es lo que rige el mundo construido. *Un subsuelo húmedo en medio de la ciudad lo transportaba al pico de una montaña nevada en el Tíbet o en la Patagonia. O bien: un juego de vajilla de porcelana antiguo se pulverizó frente a sus ojos. La caída fue en cámara lenta, sin embargo ella no reaccionó. O bien: desde chica su mejor amigo se enojaba o la maldecía cuando algo le salía bien.* Una sensación de irrealidad se apodera, a veces, de los personajes, y entonces dudan de su existencia, de no ser el simple sueño de otro o la proyección de un miedo.

Ante el espejo se desesperó por no tener ropa propia. Porque, precisamente, el espejo es el laberinto inevitable. Sin salida, como debe ser laberinto. Y precisamente porque todo está hecho de espejos, algunos personajes suelen desplegar una existencia vicaria, a imagen y semejanza en el mejor de los casos. De manera intensa y automática piensan y viven como otro. Alguien se viste y vive la vida de otro, imita y corrige sus gestos, sus posturas, su andar. Explica: cuida la identidad del otro hasta que regrese. Se desdoblan en un deseo y en una realidad, o bien en dos personas. *Amó su imagen. Se amó a sí misma.* Ella evoluciona hasta que, finalmente, ella es su imagen. Cambia y sobrevive.

Selección natural es una buena noticia para la novela. Como en todo buen proceso de evolución los cambios serán transferidos, prolongando la supervivencia de la especie.

Javier R. Barquet

Silotaj. Al encuentro del distinto, por Patricio S. Doyle, Buenos Aires, INAI, 2004, 178 págs.

Salir al encuentro del distinto es una de las claves para alcanzar la armonía en todo tipo de convivencia humana. Así lo experimentó Patricio Doyle, volcando su riquísima vivencia entre los aborígenes wichi del monte chaqueño; vivencia llena de sabiduría, de emociones hondas, de «maestras analfabetas» y «símbolos profundos», tal como lo explica en su último libro, *Silotaj. Al encuentro del distinto*.

Pensada como una «historia del mundo wichi, vista desde la utopía del Amor» el autor revela aspectos históricos y culturales de esa comunidad aborígena, a través de sucesivos diálogos, charlas informales y rondas de mate con Silotaj («hermosa», en lengua wichi), quien a su vez se siente atraída por la profunda carga vivencial y el compromiso social del autor, al que se unió no sólo en el afecto, sino también en el desafío de dedicar el resto de su vida al mundo de los wichi, de lo cual resulta que esta pareja es el microcosmos dentro de un macrocosmos en el que ambas esferas se enriquecen a través del conocimiento y del afecto.

El autor define a su obra como una novela estrictamente histórica donde «la clave a compartir (...) es la importancia de lo afectivo en la comunicación». En efecto, Doyle considera que uno de los grandes problemas de la cultura occidental es sentirse todopoderosa y con autoridad para calificar al blanco como «bueno» y «culto» y al no-blanco como «réprobo» e «in-culto». Sólo el conocimiento afectuoso puede superar esta antinomia, que en nuestros días tiende a agudizarse en todos los ámbitos de relación humana, «si piensa y actúa distinto, es un extraño».

Durante todo su desarrollo, el texto irá mostrando la sabiduría oculta y el valor cultural de los wichi, que sólo se inhibe ante la actitud cerrada del que por autoubicarse en un pedestal «civilizado» no puede —ni quiere— abrirse a lo distinto.

Los temas centrales de la cosmovisión wichi son explicados con un lenguaje sencillo pero profundo, siempre bajo la forma de diálogo, en el contexto de un «Encuentro» entre el autor y Silotaj, quien experimentó el fuerte impulso de profundizar en el conocimiento y en el acercamiento a la comunidad wichi a partir de la admiración por su estilo de vida. En el prólogo mismo se afirma que el estado celestial es el estado del «entendimiento de las no oposiciones, la armonía de los distintos» y que fue éste el motor que movilizó al autor a identificarse con los wichi: la belleza desde la ignorancia académica, la comunicación sin mediación de símbolos, la amistad como intuición, sin necesidad de discursos, la vida en «diálogo» permanente con el entorno, y la trascendencia sentida y amada, sin teorizaciones.

Esta obra de Patricio Doyle resulta especialmente recomendable para quienes buscan descubrir y conocer la sabiduría analfabeta que anida en los «distintos».

Pablo Delaney

Vida sentimental de Eva Perón, por María Sucarrat, Buenos Aires, Sudamericana, 2006

La vida de Eva Perón fue un coro de voces. Ante miles desde una radio y ante miles desde un balcón. En la reconstrucción de esa vida, al menos de una parte de esa vida, no extraña que varias voces intervengan: *Vida sentimental de Eva Perón* se presenta en una dimensión coral en la que no son ajenas las voces de Pedro Quartucci, el polaco Goyeneche, Juan Domingo Perón, la misma Evita, historiadores y biógrafos y hasta la prensa de Junín que daba cuenta de los pasos artísticos de Eva, así como otras tantas voces olvidadas pero contempladas por la labor de investigación que tanto sustenta el libro como dimensiona el relato. Y la voz de María Sucarrat, que amalgama con precisión esta polifonía y no se sustrae a dar su tono: la irrupción del deíctico «acá» como última palabra del último capítulo hace evidente la presencia narrativa de la autora y deja claro su lugar enunciativo.

Cada frase está tan cargada de datos que un párrafo se convierte en una sucesión precisa y segura de afirmaciones: Oro blanco tuvo dos meses de emisión. Eva conoció a Julia y Chola Giusti, a Juan Farsi, a Alberto Plaussy, a Mario Faig y a Horacio Priani Añon. En dos meses juntó 360 pesos y algo más: su nombre empezó a circular. En octubre, justo cuando había decidido espaciar un poco sus recorridas nocturnas por Corrientes, fue convocada para integrar un elenco junto con Leonor Rinaldi y Francisco Charmiello. A los dieciocho años estaba sentando cabeza. El fraseo breve, algo sincopado a veces, indubitable y claro es lo más atractivo desde el punto de vista formal, y acaba por configurar un estilo tal que invita a leer el libro como una novela. Una novela breve: ¿por qué si su vida sentimental (sutil giro que se desprende de lo estrictamente sexual y permite abarcar incluso su trabajo social en clave de sentimientos) fue tan extensa su relato es tan breve?

Eva se sirvió de los hombres necesarios para desandar su camino de miseria. Esa es la tesis interesante que se propone: *Le gustaba salir con hombres poderosos. Le daba sabor a su revancha de provinciana*. La vida de Eva parece haber sido una fuga hacia adelante.

Javier Barquet